



sonrisas de un
día de invierno

EL CARNAVAL DE KIESINGER



La esposa de Kiesinger
entra en la sala en la que se
celebraría la fiesta,
del brazo del príncipe
Herbert I del
Carnaval de Godesberg.

El protocolo se ha roto:
la ministro de Familia y
Juventud, Anne Breuksiepre
recibe un confianzudo
beso del presidente
del festival.



Por un momento,
la seria máscara
del político
deja paso a la
alegría fugaz del
carnaval:
Rainer Barzel
durante
un desopilante
discurso.



Políticos germanos con otra máscara

PESE a su tradición latina, el Carnaval goza de general aceptación en los pueblos germánicos. Alemania, la nación que, apoyada en su «milagro económico», fue capaz de cicatrizar las ruinas de la guerra, el país de moneda fuerte y que se encuentra dispuesto a atravesar antes que otros el umbral del siglo XXI, ha sabido esforzarse en conservar sus viejas costumbres, acompasándolas a los tiempos que corren, a este preludio de la era espacial. El Carnaval fue importado por las legiones imperiales desde los territorios latinos hasta el verde y dorado valle del Rhin, y aún conserva, en alemán, su viejo nombre de «Karnival». Es la ocasión propicia para dar rienda suelta a la alegría de vivir y al gozo de la primavera ya próxima. Las normas del Carnaval son inmutables: preside el buen humor y la tranquila convivencia; se pueden dar y recibir inocentes bromas; reírse un poco de los demás e incluso de uno mismo.

La euforia del Carnaval convoca a todos. Por ello, no hay que asombrarse de que los más prominentes políticos germanos, incluidos los miembros del gobierno, y hasta el mismo canciller, respondan a la llamada de la fiesta. Acompañados de sus esposas, han asistido a la tradicional celebra-

ción del Carnaval, en Bad Godesberg. Una vez al año, el protocolo político se rompe en esta promiscuidad festiva: los políticos alemanes pueden pronunciar disparatados y absurdos discursos, que les supondrían serios quebraderos en cualquiera otra ocasión... En esta ocasión excepcional pueden captarse gestos, acciones, comportamientos insólitos. Así, por ejemplo, puede verse al canciller Kiesinger aplaudir entusiasmado a una guapa bailarina, bajo la mirada algo contraída de su esposa, quien, por otra parte, entró en la sala del Carnaval del brazo del príncipe carnalesco, vestido de bufón medieval, Herbert I de Bad Godesberg. El habitualmente serio y circunspecto Rainer Barzel, el líder político, puede pronunciar un discurso grotesco, sin ningún comedimiento. Y el presidente del festival y miembro del Bundestag, Hermann Stahlberg besa en público, amistosamente, a la señora Anne Breuksiepre, ministro de Familia y Juventud. Todo es posible: aunque sólo una vez al año, y dentro de los márgenes de una locura tolerada y legalizada. Puede decirse que los políticos se quitan la máscara de su oficio para ponerse la cómica del Carnaval. Pero este gesto también se halla estipulado. La tolerancia es fugaz. El Carnaval es flor de un día. ■ Fotos: dpa-Europa Press.